

ma y los pueblos tan pequeños; lo cual era causa que no quisiesen residir en ella los orejones, por tenerla por de poca estimacion, pues en la que ellos moraban y poseian habia bien donde se pudiesen extender. Eran los naturales destos pueblos que digo, en extremo agoreros y usaban de grandes religiones; tanto, que en la mayor parte del Perú no hubo otras gentes que tanto como estos sacrificasen, segun es público y notorio. Sus sacerdotes tenían cuidado de los templos y del servicio de los simulacros ó ídolos que representaban la figura de sus falsos dioses; delante de los cuales, á sus tiempos y horas, decian algunos cantares, y hacian las cerimonias que aprendieron de sus mayores, al uso y costumbre que sus antiguos tenían. Y el demonio con espantable figura se dejaba ver de los que estaban establecidos y señalados para aquel maldito officio; los cuales eran muy reverenciados y temidos por todos los linajes y tierras destos indios. Entre ellos uno era el que daba las respuestas y les hacia entender todo lo que pasaba, y aun muchas veces, por no perder el crédito y reputacion y carecer de su honor, hacia apariencias con grandes meneos, para que creyesen que el demonio le comunicaba las cosas arduas y de mucha calidad, y todo lo que habia de suceder en lo futuro; en lo cual pocas veces acertaba, aunque hablase por boca del mismo diablo. Y ninguna batalla ni acaescimiento ha pasado entre nosotros mismos, en nuestras guerras locas y civiles, que los indios de todo este reino y provincia no lo hayan primero anunciado y dicho; mas cómo y adónde se ha de dar, antes ni agora ni en ningun tiempo nunca de veras aciertan ni acertaban; pues está muy claro, y así se ha de creer, que solo Dios sabe los acaescimientos por venir, y no otra criatura. Y si el demonio acierta en algo es acaso, y porque siempre responde equivocadamente, que es decir, palabras que pueden tener muchos entendimientos. Y por el don de su sutilidad y astucia, y por la mucha edad y experiencia que tiene en todas las cosas, habla con los simples que le oyen; y así, muchos de los gentiles conocieron el engaño destas respuestas. Muchos destos indios tienen por cierto el demonio ser falso y malo, y le obedescian mas por temor que por amor, como trataré mas largo en lo de adelante. De manera que estos indios, unas veces engañados por el demonio, y otras por el mismo sacerdote, fingiendo lo que no era, los traia sometidos en su servicio, todo por la permission del poderoso Dios. En los templos ó guacas, que es su adoratorio, les daban á los que tenían por dioses presentes y servicios, y mataban animales para ofrecer por sacrificio la sangre dellos. Y porque les fuese mas grato, sacrificaban otra cosa mas noble, que era sangre de algunos indios, á lo que muchos afirman. Y si habian preso á algunos de sus comarcanos, con quien tuviesen guerra ó alguna enemistad, juntábanse (segun tambien cuentan), y después de haberse embriagado con su vino y haber hecho lo mismo del preso, con sus navajas de pedernal ó de cobre el sacerdote mayor dellos lo mataba, y cortándole la cabeza, la ofrecian con el cuerpo al maldito demonio, enemigo de natura humana. Y cuando alguno dellos estaba enfermo bañábase muchas veces, y hacia otras ofrendas y sacrificios, pidiendo la salud.

Los señores que morian eran muy llorados y metidos en las sepulturas, adonde tambien echaban con ellos algunas mujeres vivas y otras cosas de las mas preciadas que ellos tenían. No ignoraban la inmortalidad del ánima; mas tampoco podemos afirmar que lo sabian enteramente. Mas es cierto que estos, y aun los mas de gran parte destas Indias (segun contaré adelante), que con las ilusiones del demonio, andando por las sembreras, se les aparece en figura de las personas que ya eran muertas, de los que habian sido sus conocidos, y por ventura padres ó parientes; los cuales parecia que andaban con su servicio y aparato, como cuando estaban en el mundo. Con tales apariencias ciegos, los tristes seguian la voluntad del demonio; y así, metian en las sepulturas la compañía de vivos y otras cosas, para que llevase el muerto mas honra; teniendo ellos que haciéndolo así guardaban sus religiones y cumplian el mandamiento de sus dioses, y iban á lugar deleitoso y muy alegre, adonde habian de andar envueltos en sus comidas y bebidas, como solian acá en el mundo al tiempo que fueron vivos.

CAPITULO XLIX.

De cómo se daban poco estos indios de haber las mujeres vírgines, y de cómo usaban el nefando pecado de la sodomia.

En muchas destas partes los indios dellas adoraban al sol, aunque todavia tenían tino á creer que habia un Hacedor, y que su asiento era en el cielo. El adorar al sol, ó debieron de tomarlo de los ingas, ó era por ellos hecho antiguamente en la provincia de los Guaneavilcas, por sacrificio establecido por los mayores y usado de muchos tiempos dellos.

Solían (segun dicen) sacarse tres dientes de lo superior de la boca y otros tres de lo inferior, como en lo de atrás apunté, y sacaban destos dientes los padres á los hijos cuando eran de muy tierna edad, y creian que en hacerlo no cometian maldad, antes lo tenían por servicio grato y muy apacible á sus dioses. Casábanse como lo hacian sus comarcanos, y aun oí afirmar que algunos ó los mas, antes que casasen, á la que habia de tener marido la corrompian, usando con ella sus lujurias. Y sobre esto me acuerdo de que en cierta parte de la provincia de Cartagena, cuando casan las hijas y se ha de entregar la esposa al novio, la madre de la moza, en presencia de algunos de su linaje, la corrompe con los dedos. De manera que se tenia por mas honor entregarla al marido con esta manera de corrupcion que no con su virginidad. Ya de la una costumbre ó de la otra, mejor era la que usan algunas destas tierras, y es, que los mas parientes y amigos tornan dueña á la que está virgen, y con aquella condicion la casan y los maridos la reciben.

Heredan en el señorío, que es mando sobre los indios, el hijo al padre, y si no, el segundo hermano; y faltando estos (conforme á la relacion que á mí me dieron), viene al hijo de la hermana. Hay algunas mujeres de buen parecer. Entre estos indios de que voy tratando, y en sus pueblos se hace el mejor y mas sabroso pan de maíz que en la mayor parte de las Indias, tan gustoso y bien amasado, que es mejor que alguno de trigo que se tiene por bueno.

En algunos pueblos destos indios tienen gran cantidad de cueros de hombres llenos de ceniza, tan espantables como los que dije en lo de atrás que habia en el valle de Lile, sujeto á la ciudad de Cali. Pues como estos fuesen malos y viciosos, no embargante que entre ellos habia mujeres muchas, y algunas hermosas, los mas dellos usaban (á lo que á mí me certificaron) pública y descubiertamente el pecado nefando de la sodomia; en lo cual dicen que se gloriaban demasadamente. Verdad es que los años pasados el capitán Pacheco y el capitán Olmos, que agora está en España, hicieron castigo sobre los que cometian el pecado susodicho, amonestándoles cuánto dello el poderoso Dios se desirve. Y los escarmentaron de tal manera, que ya se usa poco ó nada este pecado, ni aun las demás costumbres que tenían dañosas, ni usan los otros abusos de sus religiones, porque han oido doctrina de muchos clérigos y frailes, y van entendiendo cómo nuestra fe es la perfecta y la verdadera y que los dichos del demonio son falsos y sin fundamento, y cuyas engañosas respuestas han cesado. Y por todas partes donde el santo Evangelio se predica y se pone la cruz, se espanta y huye, y en público no osa hablar ni hacer mas que los salteadores, que hacen á hurto y en oculto sus saltos. Lo cual hace el demonio á los flacos, y á los que por sus pecados están endurecidos en sus vicios. Verdad es que la fe imprimió mejor en los mozos que no en muchos viejos; porque, como están envejecidos en sus vicios, no dejan de cometer sus antiguos pecados secretamente, y de tal manera, que los cristianos no los puedan entender. Los mozos oyen á los sacerdotes nuestros, y escuchan sus santas amonestaciones, y siguen nuestra doctrina cristiana. De manera que en estas comarcas hay de malos y buenos, como en todas las demás partes.

CAPITULO L.

Cómo antiguamente tuvieron una esmeralda por dios, en que adoraban los indios de Manta; y otras cosas que hay que decir destos indios.

En muchas historias que he visto, he leído, si no me engaño, que en unas provincias adoraban por dios á la semejanza del toro, y en otra á la del gallo y en otra al leon, y por el consiguiente tenían mil supersticiones desto, que mas parece, al leerlo, materia para reir que no para otra cosa alguna. Y solo noto desto que digo, que los griegos fueron excelentes varones, y en quien muchos tiempos y edades florecieron las letras, y hubo en ellos varones muy ilustres y que vivirá la memoria dellos todo el tiempo que hubiere escripturas, y cayeron en este error. Los egipcios fué lo mismo, y los baxtrianos y babilónicos; pues los romanos, á dicho de graves y doctos hombres, les pasaron; y tuvieron unos y otros unas maneras de dioses, que son cosa donosa pensar en ello, aunque algunas destas naciones atribuyan el adorar y reverenciar por dios á uno por haber recebido dél algun beneficio, como fué á Saturno y á Júpiter y á otros; mas ya eran hombres, y no bestias. De manera pues que adonde habia tanta ciencia humana, aunque falsa y engañosa, erraron. Así estos indios, no embargante que adoraban al sol y á la luna, tambien adoraban en árboles, en piedras y en la mar y

en la tierra, y en otras cosas que la imaginacion les daba. Aunque, segun yo me informé, en todas las mas partes destas que tenían por sagradas era visto por sus sacerdotes el demonio, con el cual comunicaban no otra cosa que perdicion para sus ánimas. Y así, en el templo muy principal de Pachacama tenían una zorra en grande estimacion, la cual adoraban. Y en otras partes, como iré recontando en esta historia, y en esta comarca afirman que el señor de Manta tiene ó tenia una piedra de esmeralda, de mucha grandeza y muy rica, la cual tuvieron y poseyeron sus antecesores por muy venerada y estimada, y algunos días la ponian en público, y la adoraban y reverenciaban como si estuviera en ella encerrada alguna deidad. Y como algun indio ó india estuviese malo, después de haber hecho sus sacrificios iban á hacer oracion á la piedra, á la cual afirman que hacian servicio de otras piedras, haciendo entender el sacerdote que hablaba con el demonio que venia la salud mediante aquellas ofrendas; las cuales después el cacique y otros ministros del demonio aplicaban á sí, porque de muchas partes de la tierra adentro venian los que estaban enfermos al pueblo de Manta á hacer los sacrificios y á ofrecer sus dones. Y así, me afirmaron á mí algunos españoles de los primeros que descubrieron este reino, hallar mucha riqueza en este pueblo de Manta, y que siempre dió mas que los comarcanos á él á los que tuvieron por señores ó encomenderos. Y dicen que esta piedra tan grande y rica, que jamás han querido decir della, aunque han hecho hartas amenazas á los señores y principales, ni aun lo dirán jamás, á lo que se cree, aunque los maten á todos: tanta fué la veneracion en que la tenían. Este pueblo de Manta está en la costa, y por el consiguiente todos los mas de los que he contado. La tierra adentro hay mas número de gente y mayores pueblos, y difieren en lengua á los de la costa, y tienen los mismos mantenimientos y frutas que ellos. Sus casas son de madera, pequeñas; la cobertura de paja ó de hoja de palma. Andan vestidos unos y otros; estos que nombro, serranos, y lo mismo sus mujeres. Alcanzaron algun ganado de las ovejas que dicen del Perú, aunque no tantas como en Quito ni en las provincias del Cuzco. No eran tan grandes hechiceros ni agoreros como los de la costa; ni aun eran tan malos en usar el pecado nefando. Tiénese esperanza que hay minas de oro en algunos rios desta sierra, y que cierto está en ella la riquísima mina de las esmeraldas; la cual, aunque muchos capitanes han procurado saber dónde está, no se ha podido alcanzar, ni los naturales lo dirán. Verdad es que el capitán Olmos dicen que tuvo lengua desta mina, y aun afirman que supo dónde estaba; lo cual yo creo, si así fuera, lo dijera á sus hermanos ó á otras personas. Y cierto, mucho ha sido el número de esmeraldas que se han visto y hallado en esta comarca de Puerto-Viejo, y son las mejores de todas las Indias; porque, aunque en el nuevo reino de Granada haya mas, no son tales, ni con mucho se igualan en el valor las mejores de allá á las comunes de acá.

Los caraques y sus comarcanos es otro linaje de gente, y no son labrados, y eran de menos saber que sus vecinos, porque eran behetrias; por causas muy li-

vianas se daban guerra unos á otros. En naciendo la criatura le ahajaban la cabeza, y después la ponian entre dos tablas, liada de tal manera, que cuando era de cuatro ó cinco años le quedaba ancha ó larga y sin colorido; y esto muchos lo hacen, y no contentándose con las cabezas que Dios les da, quieren ellos darles el talle que mas les agrada; y así, unos la hacen ancha y otros larga. Decian ellos que ponian destos talles las cabezas porque serian mas sanos y para mas trabajo. Algunas destas gentes, especialmente los que están abajo del pueblo de Colima á la parte del norte, andaban desnudos, y se contrataban con los indios de la costa que va de largo hácia el rio de San Juan. Y cuentan que Guaynacapa llegó, después de haberle muerto sus capitanes, hasta Colima, adonde mandó hacer una fortaleza; y como viese andar los indios desnudos, no pasó adelante, antes dicen que dió la vuelta, mandando á ciertos capitanes suyos que contratasen y señoreasen lo que pudiesen, y llegaron por entonces al rio de Santiago. Y cuentan muchos españoles que hay vivos en este tiempo de los que vinieron con el adelantado don Pedro de Albarado, especialmente lo oí al mariscal Alonso de Albarado y á los capitanes Garcilaso de la Vega y Juan de Saavedra, y á otro hidalgo que ha por nombre Suer de Cangas, que, como el adelantado don Pedro llegase á desembarcar con su gente en esta costa, y llegado á este pueblo, hallaron gran cantidad de oro y plata en vasos y otras joyas preciadas; sin lo cual, hallaron tan gran número de esmeraldas, que si las conocieran y guardaran se hubiera por su valor mucha suma de dinero; mas, como todos afirmasen que eran de vidrio, y que para hacer la experiencia (porque entre algunos se platicaba que podrian ser piedras) las llevaban donde tenian una bigornia, y que allí con martillos las quebraban, diciendo que si eran de vidrio luego se quebrarian, y si eran piedras se pararian mas perfectas con los golpes. De manera que por la falta de conocimiento y poca experiencia quebraron muchas destas esmeraldas, y pocos se aprovecharon dellas, ni tampoco del oro y plata gozaron, porque pasaron grandes hambres y frios, y por las montañas y caminos se dejaban las cargas del oro y de la plata. Y porque en la tercera parte he dicho ya tener escrito estos sucesos cumplidamente, pasaré adelante.

CAPITULO LI.

En que se concluye la relacion de los indios de la provincia de Puerto-Viejo, y lo demás tocante á su fundacion, y quién fué el fundador.

Brevemente voy tratando lo tocante á estas provincias de Puerto-Viejo, porque lo mas sustancial lo he declarado, para luego volver á los aposentos de Tumbamba, donde dejé la historia de que voy tratando. Por tanto, digo que luego que el adelantado don Pedro de Albarado y el mariscal don Diego de Almagro se concertaron en los llanos de Riobamba, el adelantado don Pedro se fué para la ciudad de los Reyes, que era adonde habia de recibir la paga de los cien mil castellanos que se le dieron por el armada. Y en el interin el mariscal don Diego de Almagro dejó mandado al capitán Sebastian de Belalcázar algunas cosas tocantes á

la provincia y conquista del Quito, y entendió en reformar los pueblos marítimos de la costa, lo cual hizo en San Miguel y en Chimo; miró lugar provechoso y que tuviese las calidades convenientes para fundar la ciudad de Trujillo, que después pobló el marqués don Francisco Pizarro.

En todos estos caminos verdaderamente (segun que yo entendí) el mariscal don Diego de Almagro se mostró diligente capitán; el cual, como llegase á la ciudad de San Miguel, y supiese que las naos que venian de la Tierra-Firme y de las provincias de Nicaragua y Guatimala y de la Nueva-España, llegadas á la costa del Perú, saltaban los que venian en ellas en tierra y hacian mucho daño en los naturales de Manta y en los mas indios de la costa de Puerto-Viejo, por evitar estos daños, y para que los naturales fuesen mirados y favorecidos, porque supo que habia copia dellos y adonde se podia fundar una villa ó ciudad, determinó de enviar un capitán á lo hacer.

Y así, dicen que mandó luego al capitán Francisco Pacheco que saliese con la gente necesaria para ello; y Francisco Pacheco, haciéndolo así como le fué mandado, se embarcó en un pueblo que ha por nombre Picuaza, y en la parte que mejor le pareció, fundó y pobló la ciudad de Puerto-Viejo, que entonces se nombró villa. Esto fué dia de San Gregorio, á 12 de marzo, año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de 1535, y fundóse en nombre del emperador don Carlos, nuestro rey y señor.

Estando entendiendo en esta conquista y poblacion el capitán Francisco Pacheco, vino del Quito (donde tambien andaba por teniente general de don Francisco Pizarro el capitán Sebastian de Belalcázar) Pedro de Puelles, con alguna copia de españoles, á poblar la misma costa de la mar del Sur, y hubo entre unos y otros, á lo que cuentan, algunas cosquillas, hasta que, ida la nueva al gobernador don Francisco Pizarro, envió á mandar lo que entendió que convenia mas al servicio de su majestad y á la buena gobernacion y conservacion de los indios. Y así, después de haber el capitán Francisco Pacheco conquistado las provincias, y andado por ellas poco menos tiempo de dos años, pobló la ciudad, como tengo dicho, habiéndose vuelto el capitán Pedro de Puelles á Quito. Llamóse al principio la villa nueva de Puerto-Viejo, la cual está asentada en lo mejor y mas conveniente de sus comarcas, no muy lejos de la mar del Sur. En muchos términos desta ciudad de Puerto-Viejo hacen para enterrar los difuntos unos hoyos muy hondos, que tienen mas talle de pozos que de sepulturas; y cuando quieren meterlos dentro, después de estar bien limpio de la tierra que han cavado, júntese mucha gente de los mismos indios, adonde bailan y cantan y lloran, todo en un tiempo, sin olvidar el beber, tañendo sus atambores y otras músicas mas temerosas que suaves; y hechas estas cosas, y otras á uso de sus antepasados, meten al difunto dentro destas sepulturas tan hondas; con el cual, si es señor ó principal, ponen dos ó tres mujeres de las mas hermosas y queridas suyas, y otras joyas de las mas preciadas, y con la comida y cántaros de su vino de maíz los que les parece. Hecho esto, ponen encima de la sepultura una caña

de las gordas que ya he dicho haber en aquellas partes, y como sean estas cañas huecas, tienen cuidado á sus tiempos de les echar deste brebaje, que estos llaman azúa, hecho de maíz ó de otras raíces; porque, engañados del demonio, creen y tienen por opinion (segun yo lo entendí dellos) que el muerto bebe deste vino que por la caña le echan. Esta costumbre de meter consigo los muertos sus armas en las sepulturas, y su tesoro y mucho mantenimiento, se usaba generalmente en la mayor parte destas tierras que se han descubierto; y en muchas provincias metian tambien mujeres vivas y muchachos.

CAPITULO LII.

De los pozos que hay en la punta de Santa Elena, y de lo que cuentan de la venida que hicieron los gigantes en aquella parte, y del ojo de alquitran que en ella está.

Porque al principio desta obra conté en particular los nombres de los puertos que hay en la costa del Perú, llevando la orden desde Panamá hasta los fines de la provincia de Chile, que es una gran longura, me pareció que no convenia tornarlos á recitar, y por esta causa no trataré desto. Tambien he dado ya noticia de los principales pueblos desta comarca; y porque en el Perú hay fama de los gigantes que vinieron á desembarcar á la costa en la punta de Santa Elena, que es en los términos desta ciudad de Puerto-Viejo, me pareció dar noticia de lo que oí dellos, segun que yo lo entendí, sin mirar las opiniones del vulgo y sus dichos varios, que siempre engrandece las cosas mas de lo que fueron.

Cuentan los naturales por relacion que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenian de muy atrás, que vinieron por la mar en unas balsas de juncos á manera de grandes barcas unos hombres tan grandes, que tenia tanto uno dellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena estatura, y que sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos, tan disformes, que era cosa monstruosa ver las cabezas, segun eran grandes, y los cabellos, que les llegaban á las espaldas. Los ojos señalan que eran tan grandes como pequeños platos. Afirman que no tenian barbas, y que venian vestidos algunos dellos con pieles de animales y otros con la ropa que les dió natura, y que no trajeron mujeres consigo. Los cuales, como llegasen á esta punta, después de haber en ella hecho su asiento á manera de pueblo (que aun en estos tiempos hay memoria de los sitios destas casas que tuvieron), como no hallasen agua, para remediar la falta que della sentian, hicieron unos pozos hondísimos; obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres como se presume que serian aquellos, pues era tanta su grandeza. Y cavaron estos pozos en peña viva hasta que hallaron el agua, y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra, de tal manera, que durará muchos tiempos y edades; en los cuales hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fria, que es gran contento beberla. Habiendo pues hecho sus asientos estos crecidos hombres ó gigantes, y teniendo estos pozos ó cisternas, de donde bebian, todo el mantenimiento que hallaban en la comarca de la tier-

ra que ellos podian hollar lo destruian y comian; tanto, que dicen que uno dellos comia mas vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra; y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescado en la mar con sus redes y aparejos, que segun razon ternian. Vivieron en grande aborrecimiento de los naturales; porque por usar con sus mujeres las mataban, y á ellos hacian lo mismo por otras causas. Y los indios no se hallaban bastantes para matar á esta nueva gente que habia venido á ocuparles su tierra y señorío, aunque se hicieron grandes juntas para platicar sobre ellos; pero no les osaron acometer. Pasados algunos años, estando todavia estos gigantes en esta parte, como les faltasen mujeres, y las naturales no les cuadrasen por su grandeza, ó porque seria vicio usado entre ellos, por consejo y inducimiento del maldito demonio, usaban unos con otros el pecado nefando de la sodomía, tan gravísimo y horrendo; el cual usaban y cometian pública y descubiertamente, sin temor de Dios y poca vergüenza de sí mismos. Y afirman todos los naturales que Dios nuestro Señor, no siendo servido de disimular pecado tan malo, les envió el castigo conforme á la fealdad del pecado. Y así, dicen que, estando todos juntos envueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo temeroso y muy espantable, haciendo gran ruido, del medio del cual salió un ángel resplandeciente, con una espada tajante y muy refulgente, con la cual de un solo golpe los mató á todos y el fuego los consumió; que no quedó sino algunos huesos y calaveras, que para memoria del castigo quiso Dios que quedasen sin ser consumidas del fuego. Esto dicen de los gigantes; lo cual creemos que pasó, porque en esta parte que dicen se han hallado y se hallan huesos grandísimos. Y yo he oído á españoles que han visto pedazo de muela, que juzgaban que á estar entera pesara mas de media libra carnicera; y tambien que habian visto otro pedazo del hueso de una canilla, que es cosa admirable contar cuán grande era; lo cual hace testigo haber pasado; porque, sin esto, se ve adonde tuvieron los sitios de los pueblos y los pozos ó cisternas que hicieron. Querer afirmar ó decir de qué parte ó por qué camino vinieron éstos, no lo puedo afirmar, porque no lo sé. Este año de 1550 oí yo contar, estando en la ciudad de los Reyes, que siendo el ilustrísimo don Antonio de Mendoza visorey y gobernador de la Nueva-España, se hallaron ciertos huesos en ella de hombres tan grandes como los destos gigantes, y aun mayores; y sin esto, tambien he oído antes de agora que en un antiquísimo sepulcro se hallaron en la ciudad de Méjico ó en otra parte de aquel reino ciertos huesos de gigantes. Por donde se puede tener, pues tantos lo vieron y lo afirman, que hubo estos gigantes, y aun podrian ser todos unos. En esta punta de Santa Elena (que, como dicho tengo, está en la costa del Perú, en los términos de la ciudad de Puerto-Viejo) se ve una cosa muy de notar, y es, que hay ciertos ojos y mineros de alquitran tan perfecto, que podrian calafatear con ello á todos los navios que quisiesen, porque mana; y este alquitran debe ser algun minero que pasa por aquel lugar, el cual sale muy caliente; y destos mineros de alquitran yo no he visto ninguno en las par-

tes de las Indias que he andado; aunque creo que Gonzalo Hernandez de Oviedo, en su primera parte de la *Historia natural y general de Indias*, da noticia deste y de otros. Mas, como yo no escribo generalmente de las Indias, sino de las particularidades y acaescimientos del Perú, no trato de lo que hay en otras partes, y con esto se concluye en lo tocante á la ciudad de Puerto-Viejo.

CAPITULO LIII.

De la fundacion de la ciudad de Guayaquil, y de la muerte que dieron los naturales á ciertos capitanes de Guaynacapa.

Mas adelante, hácia el poniente, está la ciudad de Guayaquil, y luego que se entra en sus términos los indios son guancavilcas, de los desdentados, que por sacrificio y antigua costumbre y por honra de sus malditos dioses se sacaban los dientes que he dicho atrás, y por haber ya declarado su traje y costumbres, no quiero en este capítulo tornarle á repetir.

En tiempo de Topainga Yupangue, señor del Cuzco, ya dije cómo, después de haber vencido y subjectado las naciones deste reino, en que se mostró capitán excelente y alcanzó grandes victorias y trofeos deshaciendo las guarniciones de los naturales, porque en ninguna parte parecían otras armas ni gente de guerra, sino la que por su mandado estaba puesta en los lugares que él constituía, mandó á ciertos capitanes suyos que fuesen corriendo de largo la costa y mirasen lo que en ella estaba poblado, y procurasen con toda benevolencia y amistad allegarlo á su servicio; á los cuales sucedió lo que dije atrás, que fueron muertos, sin quedar ninguno con la vida, y no se entendió por entonces en dar el castigo que merecian aquellos que, falsando la paz, habian muerto á los que debajo de su amistad dormian (como dicen) sin cuidado ni recelo de semejante traicion; porque el Inga estaba en el Cuzco, y sus gobernadores y delegados tenían harto que hacer en sustentar los términos que cada uno gobernaba. Andando los tiempos, como Guaynacapa sucediese en el señorío, y saliese tan valeroso y valiente capitán como su padre, y aun de mas prudencia y vanaglorioso de mandar, con gran celeridad salió del Cuzco acompañado de los mas principales orejones de los dos famosos linajes de la ciudad del Cuzco, que habian por nombre los lianancuzcos y orenucuzcos, el cual, después de haber visitado el solenne templo de Pachacama y las guarniciones que estaban y por su mandado residian en la provincia de Jauja y en la de Caxamalca y otras partes, así de los moradores de la serranía, como de los que vivian en los fructíferos valles de los llanos, llegó á la costa, y en el puerto de Tumbes se habia hecho una fortaleza por su mandado, aunque algunos indios dicen ser mas antiguo este edificio; y por estar los moradores de la isla de la Puna diferentes con los naturales de Tumbes, les fué fácil de hacer la fortaleza á los capitanes del Inga, que á no haber estas guerrillas y debates locos, pudiera ser que se vieran en trabajo. De manera que puesta en término de acabar, llegó Guaynacapa, el cual mandó edificar templo del sol junto á la fortaleza de Tumbes, y colocar en él número de mas de docientas vírgenes, las mas hermosas que se hallaron en la comarca, hijas de

los principales de los pueblos. Y en esta fortaleza (que en tiempo que no estaba ruinada fué, á lo que dicen, cosa harto de ver) tenia Guaynacapa su capitán ó delegado con cantidad de mitimaes y muchos depósitos llenos de cosas preciadas, con copia de mantenimiento para sustentacion de los que en ella residian, y para la gente de guerra que por allí pasase. Y aun cuentan que le trujeron un leon y un tigre muy fiero, y que mandó los tuviesen muy guardados; las cuales bestias deben ser las que echaron para que despedazasen al capitán Pedro de Candía al tiempo que el gobernador don Francisco Pizarro, con sus trece compañeros (que fueron los descubridores del Perú, como se tratará en la tercera parte desta obra), llegaron á esta tierra. Y en esta fortaleza de Tumbes habia gran número de plateros que hacian cántaros de oro y plata con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio y ornamento del templo, que ellos tenían por sacrosanto, como para el servicio del mismo Inga, y para chapar las planchas deste metal por las paredes de los templos y palacios. Y las mujeres que estaban dedicadas para el servicio del templo no entendian en mas que hilar y tejer ropa finísima de lana, lo cual hacian con mucho primor. Y porque estas materias se escriben bien larga y copiosamente en la segunda parte, que es de lo que pude entender del reinado de los ingas que hubo en el Perú, desde Mangocapa, que fué el primero, hasta Guascar, que derechamente siendo señor, fué el último, no trataré aquí en este capítulo mas de lo que conviene para su claridad. Pues luego que Guaynacapa se vió apoderado en la provincia de los guancavilcas y en la de Tumbes y en lo demás á ello comarcano, envió á mandar á Tumbala, señor de la Puna, que viniese á le hacer reverencia, y después que le hubiese obedecido, le contribuyese con lo que hubiese en su isla. Oido por el señor de la isla de la Puna lo que el Inga mandaba, pesóle en gran manera; porque, siendo él señor y habiéndolo recibido aquella dignidad de sus progenitores, tenia por grave carga, perdiendo la libertad, don tan estimado por todas las naciones del mundo, recibir al extraño por solo y universal señor de su isla, al cual sabia que, no solamente habian de servir con las personas, mas permitir que en ella se hiciesen casas fuertes y edificios, y á su costa sustentarlos y proveerlos, y aun darle para su servicio sus hijas y mujeres las mas hermosas, que era lo que mas sentian. Mas al fin, platicado unos con otros de la calamidad presente, y cuán poca era su potencia para repudiar el poder del Inga, hallaron que seria consejo saludable otorgar el amistad, aunque fuese con fingida paz. Y con esto envió Tumbala mensajeros propios á Guaynacapa con presentes, haciéndole grandes ofrescimientos, persuadiéndole quisiese venir á la isla de la Puna á holgarse en ella algunos dias. Lo cual pasado, y Guaynacapa satisfecho de la humildad con que se ofrecian á su servicio, Tumbala, con los mas principales de la isla, hicieron sacrificios á sus dioses, pidiendo á los adivinos respuesta de lo que harian para no ser sujetos del que pensaba de todos ser soberano señor. Y cuenta la fama vulgar que enviaron sus mensajeros á muchas partes de la comarca de la Tierra-Firme para tentar los ánimos de los naturales della; porque procura-

aban con sus dichos y persuasiones provocarlos á ira contra Guaynacapa, para que, levantándose y tomadas las armas, eximir de sí el mando y señorío del Inga. Y esto se hacia con una secreta disimulacion, que por pocos, fuera de los movedores, era entendida. Y en el interin destas pláticas Guaynacapa vino á la isla de la Puna, y en ella fué honradamente recibido y aposentado en los aposentos reales que para él estaban ordenados y hechos de tiempo breve, en los cuales se congregaban los orejones con los de la isla, mostrando todos una amicia simple y no fingida.

Y como muchos de los de la Tierra-Firme deseasen vivir como vivieron sus antepasados, y siempre el mando extraño y peregrino se tiene por muy grave y pesado, y el natural por muy fácil y ligero, conjuráronse con los de la isla de Puna para matar á todos los que habia en su tierra que entraron con el Inga. Y dicen que en este tiempo Guaynacapa mandó á ciertos capitanes suyos que con cantidad de gente de guerra fuesen á visitar ciertos pueblos de la Tierra-Firme y á ordenar ciertas cosas que convenian á su servicio, y que mandaron á los naturales de aquella isla que los llevasen en balsas por la mar á desembarcar por un rio arriba á parte dispuesta para ir adonde iban encaminados, y que hecho y ordenado por Guaynacapa esto y otras cosas en esta isla, se volvió á Tumbes ó á otra parte cerca della, y que salido, luego entraron los orejones, mancebos nobles del Cuzco, con sus capitanes, en las balsas, que muchas y grandes estaban aparejadas, y como fuesen descuidados dentro en el agua, los naturales engañosamente desataban las cuerdas con que iban atados los palos de las balsas, de tal manera que los pobres orejones caian en el agua, adonde con gran crueldad los mataban con las armas secretas que llevaban; y así, matando á unos y ahogando á otros, fueron todos los orejones muertos, sin quedar en las balsas sino algunas mantas, con otras joyas suyas. Hechas estas muertes, los agresores era mucha la alegría que tenían, y en las mismas balsas se saludaban y hablaban tan alegremente, que pensaban que por la bahaña que habian cometido estaba ya el Inga con todas sus reliquias en su poder. Y ellos, gozándose del trofeo y victoria, se aprovechaban de los tesoros y ornamentos de aquella gente del Cuzco; mas de otra suerte les sucedió el pensamiento, como iré relatando, á lo que ellos mismos cuentan. Muertos (como es dicho) los orejones que vinieron en las balsas, los matadores con gran celeridad volvieron adonde habian salido para meter de nuevo mas gente en ellas. Y como estuviesen descuidados del juego que habian hecho á sus confines, embarcáronse mayor número con sus ropas, armas y ornamentos, y en la parte que mataban á los de antes, mataron á estos, sin que ninguno escapase; porque, si querian salvar las vidas algunos que sabian nadar, eran muertos con crueldad y temerosos golpes que les daban, y si se zambullian para ir huyendo de los enemigos á pedir favor á los peces que en el piélagos del mar tienen su morada, no les aprovechaba, porque eran tan diestros en el nadar como lo son los mismos peces; porque lo mas del tiempo que viven, gastan dentro en la mar en sus pesquerias; alcanzábanlos, y allí en el agua los mataban y ahogaban, de manera que

la mar estaba llena de la sangre, que era señal de triste espectáculo. Pues luego que fueron muertos los orejones que vinieron en las balsas, los de la Puna con los otros que les habian sido consortes en el negocio se volvieron á su isla. Estas cosas fueron sabidas por el rey Guaynacapa, el cual, como lo supo, recibió (á lo que dicen) grande enojo y mostró mucho sentimiento porque tantos de los suyos y tan principales careciesen de sepulturas (y á la verdad en la mayor parte de las Indias se tiene mas cuidado de hacer y adornar la sepultura donde han de meterse después de muertos, que no en aderezar la casa en que han de vivir siendo vivos); y que luego hizo llamamiento de gente, juntando las reliquias que le habian quedado, y con gran voluntad entendió en castigar los bárbaros de tal manera, que, aunque ellos quisieron ponerse en resistencia, no fueron parte ni tampoco de gozar del perdon, porque el delito se tenia por tan grave, que mas se entendia en castigarlo con toda severidad que en perdonarlo con clemencia ni humanidad. Y así, fueron muertos con diferentes especies de muertes muchos millares de indios, y empalados y ahogados no pocos de los principales que fueron en el consejo. Después de haber hecho el castigo bien grande y temeroso, Guaynacapa mandó que en sus cantares en tiempos tristes y calamitosos se refiriese la maldad que allí se cometió; lo cual, con otras cosas, recitan ellos en sus lenguas como á manera de endechas. Y luego intentó de mandar hacer por el rio de Guayaquil, que es muy grande, una calzada, que cierto, segun parece por algunos pedazos que della se ve, era cosa soberbia; mas no se acabó ni se hizo por entero lo que él quería; y llámase esto que digo el Paso de Guaynacapa. Y hecho este castigo, y mandado que todos obedeciesen á su gobernador, que estaba en la fortaleza de Tumbes, y ordenadas otras cosas, el Inga salió de aquella comarca. Otros pueblos y provincias están en los términos desta ciudad de Guayaquil, que no hay que decir dellos mas que son de la manera y traje de los ya dichos, y tienen una misma tierra.

CAPITULO LIV.

De la isla de la Puna y de la Plata, y de la admirable raíz que llaman zarzaparrilla, tan provechosa para todas enfermedades.

La isla de la Puna, que está cerca del puerto de Tumbes, terná de contorno poco mas de diez leguas. Fué antiguamente tenida en mucho, porque, demás de ser los moradores della muy grandes contratantes y tener en su isla abasto de las cosas pertenecientes para la humana sustentacion, que era causa bastante para ser ricos, eran para entre sus comarcanos tenidos por valientes. Y así, en los siglos pasados tuvieron muy grandes guerras y contiendas con los naturales de Tumbes y con otras comarcas. Y por causas muy livianas se mataban unos á otros; robándose y tomándose las mujeres y hijos. El gran Topainga envió embajadores á los desta isla, pidiéndoles que quisiesen ser sus amigos y confederados; y ellos, por la fama que tenían y porque habian oído del grandes cosas; oyeron su embajada, mas no le sirvieron ni fueron enteramente sojuzgados hasta en tiempo de Guaynacapa, aunque otros dicen que antes fueron metidos debajo del señorío de los ingas por inga